

## Un nuevo modelo de familia

En su perspectiva socio-psicológica, a la que me limito en estas páginas, la familia ha sido estudiada, con un interés renovado, desde diferentes ángulos de visión. Y, así, los autores, según sus preocupaciones ideológicas, cargan el énfasis sobre este o aquel aspecto de la familia. Unos —los *funcionalistas*— miran las funciones familiares y su repercusión para la más amplia sociedad; otros —los *estructuralistas*— ven, más bien, el círculo de las relaciones de parentesco, y su preocupación se orienta hacia el contenido de las “funciones” y “status”<sup>1</sup>; unos terceros —los *interaccionistas*— ponen especial cuidado en descubrir el efecto de las diversas funciones y estructuras sobre el proceso de interacción entre los miembros. Todos ellos juntos se unen en un prisma de puntos de vista<sup>2</sup>.

No voy, por supuesto, a intentar un análisis de sus posiciones, de sus diferencias ni del espíritu ideológico que las anima. Voy, eso sí, a tomar nota de algunos datos reveladores de la problemática familiar moderna para ofrecerlos a la consideración de los teólogos.

Hay que reconocer que la institución familiar, muy sensible a cualquier cambio social, ha sido sorprendida por el fenómeno industrial. Ello ha sido, dentro del marco demográfico, como una explosión. De pronto, la mortalidad, sobre todo la infantil, ha disminuído rápidamente; la natalidad, por consiguiente, ha aumentado; y todo esto en unos momentos cuando, por imposición del hecho industrial, la unidad de

---

<sup>1</sup> No encuentro un término que traduzca exactamente el contenido de “status”. Otro término de difícil traducción es el de “rôle” que, sin embargo, he traducido, aunque no existe una correspondencia exacta, por función; algunos autores españoles hablan de “los roles”.

<sup>2</sup> La cita sería interminable si quisiésemos dar un elenco de los autores que defienden cada una de las perspectivas. Me limito, por tanto, a algún estudio general y a algún otro trabajo especialmente significativo. H. T. CHRISTENSEN (edit.), *Handbook of marriage and the family*, Chicago 1964; W. J. COODE, “The sociology of the family”, en R. K. MERTON, etc., *Sociology today*, New York 1947; G. P. MURDOCH, *Social structure*, New York 1949; T. PARSON and R. F. BALES, *Family socialization and interaction process*, Glencoe, Ill. 1965; C. C. ZIMMERMAN, *Family and civilization*, New York 1947; B. RARBER, *Family: organization and interaction*, San Francisco 1964.

producción pasa de la familia al individuo. En tal caso, la familia ha de soportar nuevas cargas, que hacen más difícil su situación económica, ya de por sí pesada. Naturalmente, una tal situación ha tenido repercusiones, casi inmediatas, sobre la función reproductiva. Pero este problema, con ser característico, no es posiblemente el más típico, y desde luego, no es el único del momento industrial.

Como característica típica de nuestra época, al menos por lo que se refiere a la cultura occidental, los autores colocan ordinariamente el hecho de la familia "nuclear"<sup>3</sup> que se pretende relacionar, con evidente exageración, al fenómeno industrial. ¿Relación? ¿...pero hasta qué punto? Un mejor conocimiento de la vida familiar en los tiempos pasados nos obliga a matizar cuidadosamente toda respuesta. El modelo de familia nuclear se encuentra por todas partes y en todos los tiempos, en la Antigüedad y en la Edad Media, en sociedades industriales y en sociedades tradicionales. Es una constante histórica. Y, desde luego, no se trata de casos raros, aberrantes, sino de la práctica común, al menos en los estratos más numerosos. Sí, hay estratos de excepción: los estratos altos de la sociedad, que por nada del mundo querrían perder sus privilegios. Pero representan tan sólo una minoría dentro de la sociedad. No se puede, por tanto, decir, como lo hace una opinión extendida, que se trata de una relación simple, clara, sin ambivalencias, sino de algo más complejo y profundo, y que, evidentemente, no está suficientemente estudiado<sup>4</sup>.

Por todo ello, la ley de contratación de los grupos, de Durkheim, que se venía aplicando, más o menos explícitamente, al grupo familiar —la familia nuclear sería el resultado de una reducción de los grupos primarios— no parece tener suficiente base, y sólo permanece válida, al menos por lo que conocemos, en el caso de las familias de los estratos superiores. Aquí sí, la familia, a través de una retención rígida, buscó la conservación de riquezas y privilegios. Y podemos decir que, aún hoy día, presenta fuerte resistencia al cambio.

<sup>3</sup> El término "nuclear" está consagrado ya por el uso, y significa la familia restringida, es decir compuesta por los esposos y los hijos que viven todavía bajo el dominio paterno.

<sup>4</sup> Sobre la relación entre industrialización y familia puede verse sobre todo el IX Seminario Internacional de Investigaciones Familiares, que tuvo lugar en Tokyo entre el 14 y 20 de septiembre de 1965. También W. J. GOODE, *World revolution and family patterns*, New York 1963; F. F. FURSTENBERG, "Industrialization and the american family a look backward": *American Sociological Review* 31 (1966) 326-37; S. M. GREENFIELD, "Industrialization and the family in sociological Theory": *American of Sociology* 67 (1961) 312-22.

Existe también otro interrogante, íntimamente relacionado con todo lo que he dicho, que exige, evidentemente, aclaraciones previas e investigaciones ulteriores. ¿Se puede hablar de familia nuclear "aislada"? Las investigaciones modernas, principalmente americanas<sup>5</sup>, cuestionan la validez de la respuesta afirmativa simple. La familia actual, lo mismo que la de ayer, aunque no con esa intensidad, conserva las relaciones de parentesco. Es realista, ve una serie de beneficios y de valores, y se siente solidaria del sistema que en mayor grado se los proporciona. Hay un beneficio incalculable, que prima sobre todo lo demás, impuesto por la dinámica del afecto y de la seguridad, a que todos se acogen, y que constituye la base que mantiene indisolubles los vínculos de parentesco. El círculo de parentesco garantiza la prolongación de unos determinados supuestos, unidos a un clima de pacífica convivencia y relaciones afectivas, que se desea preservar ante todo, aunque puedan, y deban, inquietarlas las múltiples tensiones entre los elementos contrapuestos de la sociedad industrial.

Un ejemplo práctico, y por cierto muy instructivo, nos dan los *Kibbutzin*<sup>6</sup> —comunidades cooperativas formadas de inmigrantes llegados a Israel desde diferentes partes del mundo—. Después de un período rabiosamente antifamilista, se han visto obligados a ir cediendo terreno, forzados por una fuerte presión de la familia que toma conciencia de esos bienes, que están por encima de cualquier otro valor, también del económico. Entiéndase bien, estos bienes se consideran superiores y, además, indispensables para lograr, a largo término, esos otros de orden material y social. La piedra de toque para que el hombre se sienta satisfecho en un sistema determinado pasa por ahí, por la familia y sus relaciones de parentesco, al menos las inmediatas.

Pese a estas y otras limitaciones, la familia de nuestro tiempo presenta rasgos, característicos, de indudable colorido industrial. Seguro es que entre el hecho industrial y el modelo actual de familia existen múltiples conexiones, aunque no siempre aparezcan con suficiente claridad.

<sup>5</sup> Entre otros M. B. SUSSMAN, *Sourcebook in marriage and the family*, Boston 1963, 48-53.

<sup>6</sup> Y. TALMON-GARBER, "Social change and family structure", en B. FARBER, *Kinship and family organization*, New York 1966, 88-101; Y. TALMON-GARBER, "The family in collective settlements": *Transactions of the world Congress of Sociology* 1957. En Rusia también se hicieron intentos para destruir la familia, véase N. S. TIMASHEFF, "The attempt to abolish the family in Russia" en N. W. BELL and E. F. VOGEL (eds.) *A modern introduction to the family*, New York 1960.

Hay, además, otra vertiente tan interesante y llena de interrogantes como la anterior. Es bien sabido que la *urbanización* ha marcado con nuevas orientaciones el amplio campo de la vida social y, por supuesto, la familia. Al contacto del hecho urbano, que caracteriza también nuestro tiempo, ha surgido un nuevo modelo de familia, no sé si mejor o peor que el anterior, pero, eso sí, diferente en su estructura y en sus funciones. Y, entonces, viene la pregunta ¿qué relación puede existir entre el fenómeno urbano y el nuevo modelo de familia? ¿se puede hablar de correlación? ¿...en qué sentido? La respuesta, lo mismo que en el caso anterior, no es fácil ni unívoca.

En fin, la familia puede también ser relacionada con otros aspectos, tales como nivel cultural, modelos sociales, situaciones económicas, etc. Posiblemente, todas ellas se integren en un sistema conjugado de variables, de signo múltiple.

Y es que el mundo socio-cultural es un conjunto de partes relacionadas entre sí. Una modificación, por mínima que sea, de cualquiera de esas partes repercute sobre el sistema total. Y, claro está, la modificación es de por sí multi-funcional: para unas partes será beneficiosa (funcional), pero para otras, tal vez, perjudicial (disfuncional) o, al menos, indiferente (no-funcional)<sup>7</sup>.

Resulta, por tanto, que existe una tentación, de grave peligro, en la que, por desgracia, es fácil caer, de aislar las diversas partes del mundo socio-cultural para su análisis y aplicar a la realidad esos análisis parciales.

Pero, pese a estas y otras limitaciones, una cosa es cierta, aunque no sea tan cierto su nivel de desarrollo ni el juego de motivaciones: que el modelo de familia ha sufrido profundos cambios. Cambios rápidos, extensos, ininterrumpidos; cambios en el modo de pensar y de ser, en los valores y en las actitudes; cambios que tocan todos los aspectos de la vida familiar. Sin extremismos, se da una transformación continua del modelo de familia. Y lo típico de la transformación es la coexistencia de elementos de vida familiar de diferentes épocas. Esto, evidentemente, crea un clima de conflicto que se vive como *crisis*. La crisis de un proce-

---

<sup>7</sup> Se debe advertir, en contra de lo que muchas veces se piensa, que ni el conflicto es siempre disfuncional ni la integración es siempre funcional. Así hay estructuras familiares perfectamente integradas que son disfuncionales, por ejemplo bajo el aspecto de la socialización. Por eso hoy día algunos autores insisten que debe volverse a la sociología del conflicto, véase L. COSER, *The functions of social conflict*, Glencoe 1956.

so de erosión que desgarras ideas, valores, actitudes, en una continua ruptura con las formas tradicionales del pasado.

Ahora bien, es posible que la orientación de ese proceso de cambio, su forma y desarrollo, dependan, en gran parte, de las características de los modelos de familia. Y, ciertamente, la variedad de esos modelos da una diversidad de grados de resistencia al cambio.

Se debe notar, además, que los cambios en el modelo familiar, al igual que en otros modelos, tienen un carácter *asincrónico*. Es decir, las diversas partes y elementos que componen la familia, no cambian con la misma velocidad, hay diferencias, diversidad de ritmos, retardos y apresuramientos. Y esto, ya puede inferirse, es un origen permanente de conflicto.

En conclusión, continuidad y discontinuidad, estabilidad y cambio, uniformidad y asincronía son conceptos fundamentales que deben barajarse en el estudio del problema familiar.

#### RASGOS DEL NUEVO MODELO DE FAMILIA.

Ahora que el problema del cambio familiar apasiona a todos, es más necesario que nunca tener en cuenta el orden y la proporción de los factores que concurren en él antes de formular ninguna crítica ni entregarse a lamentaciones infructuosas.

Dentro del área de los cambios a que antes he hecho referencia, detengámonos primeramente en su ambientación general. En la sociedad de hoy se extiende, como una toma de conciencia colectiva, impuesta por la dinámica del desarrollo económico-social, el fenómeno de la *secularización*. Aparece un nuevo tipo de acción social que prima lo *electivo*, con predominio de la dimensión racional, sobre lo *prescriptivo* que venía siendo el modelo tradicional. A partir de aquí, de esa valoración individual, la acción pasa a una exaltación de la libertad. Las relaciones sociales se hacen, de pronto, más universales, menos afectivas, se especializan y se asignan en base a los valores personales. El comportamiento toma una forma impersonal, ritualista. La racionalización que se justifica en motivos de eficacia, se extiende a los diversos niveles de la vida social, como condición de vida.

En conclusión, nos encontramos ante un nuevo marco normativo del que surgen nuevos tipos de estructura y también una nueva personalidad.

Al llegar a este punto se levanta ya, inevitablemente, el interrogante ¿no tiene límites esta tendencia a la secularización? Sin duda que sí. Sus límites vienen dados, por una parte, por la estructura psicológica de la persona que, al llegar a ciertos extremos, ofrece una resistencia posiblemente última. A la otra parte, la necesidad de las funciones del grupo primario, caracterizado por relaciones de tipo tradicional, que representa un contrapeso al anonimato e impersonalidad de la sociedad industrial en la que predomina la organización burocrática. Ciertamente, la pertenencia al grupo primario es una necesidad para el individuo. Porque el grupo primario, pequeño, ofrece refugio a la soledad, da satisfacción y seguridad, llena de sentido afectivo la vida social, libera tendencias agresivas. Y, también, forma al individuo, forma sus afectos, sus percepciones, sus actitudes, su comportamiento. En una palabra, modela culturalmente al individuo.

Y, claro está, toda la estructura social es afectada, aunque en diverso grado, por estas limitaciones.

Ahora bien; entre los grupos primarios la familia ocupa el primer puesto por jerarquía de influjo. Grupo primero por su intimidad y, también, por el papel que juega en el desarrollo de la personalidad, sigue la línea personalizante, adscriptiva, que caracteriza el tipo de acción tradicional. Sus relaciones, muy personales y afectivas, representan un factor importantísimo de integración social y, posiblemente, una exigencia funcional universal.

Y surge ya una primera tensión, universal, entre sociedad y familia. Por una parte, la sociedad, bajo los imperativos del desarrollo, empuja la secularización, con un esfuerzo cada día renovado, hasta el límite. Pero, al otro extremo, en oposición más o menos abierta, la familia pone barreras, más fuertes según penetramos en profundidad, de contención a ese fenómeno de secularización. Estas dos fuerzas opuestas, aunque igualmente válidas, se encuentran en todas las sociedades, cualesquiera sea su grado de desarrollo industrial. Evidentemente, es posible una variedad de formas y de grados.

Así, pues, para la sociedad de hoy, la familia se presenta como un refugio invulnerable de valores personales, pero también, y ésta es su cara negativa, como un posible límite a la industrialización. Sí, las resistencias familiares pueden ser una rémora al proceso de desarrollo industrial. Y es que la familia, cuando se encierra en sí misma y defiende a ultranza sus privilegios —situación muy típica en las primeras fases de la indus-

trialización— obstaculiza los presupuestos más esenciales del desarrollo: la racionalización y la elección. Un ejemplo, generalizado aun en sociedades industrializadas, suelen darlo, como he indicado, los estratos altos. Pero también, si bien no en esos extremos, los otros estratos de la sociedad.

Hay, por consiguiente, unas fuerzas negativas. Y esas fuerzas son la posibilidad de impedir el desarrollo, de detener el progreso. Fuerzas positivas, pues, y fuerzas negativas. Y de nuevo la vieja primacía en la condición del hombre: la idea. Lo primero son las ideas. La familia se conducirá de un modo u otro, en una u otra dirección, con una mayor o menor apertura, según las ideas que la animen.

En todo caso, la tensión, más o menos violenta, parece inherente a toda sociedad y a toda situación. Sociedad y familia son dos realidades que se condicionan mutuamente.

A pesar de esas barreras, no pequeñas, de que venimos hablando, la secularización, con todo su acompañamiento de cambios, penetra dentro del campo de la familia. Y, en primer lugar, en las relaciones de parentesco. El vínculo de parentesco ha perdido importancia, y sus relaciones se han vuelto más independientes y menos afectivas. No son ya las relaciones íntimas y extensas de tiempos pasados, cuando aún era frecuente la convivencia bajo el mismo techo, sino los contactos esporádicos y restringidos, rodeados de una cierta neutralidad afectiva. Con esto no niego, ni mucho menos, la existencia de tales relaciones, sino simplemente constato el hecho de su progresiva reducción.

Hay quienes piensan que, en un futuro no muy lejano, las relaciones de parentesco, que existen aún en los países más evolucionados industrialmente, desaparecerán totalmente, y sólo permanecerá la familia nuclear aislada. Estimo, sin embargo, que tales relaciones, ciertamente bajo una forma restringida, existirán siempre.

Por otra parte, las relaciones de parentesco de hoy, al igual que las de ayer, siguen siendo un campo potencial de tensiones. Pues la continuidad, al menos temporal, de los vínculos inmediatos de parentesco, por ejemplo los padres, representa un peligro para la integración del grupo familiar restringido, sobre todo en su primera fase de vida. Y es que la relación de parentesco, muy celosa de toda intromisión extraña, se siente atacada y, luego despojada de los puestos de precedencia que venía ocupando en la jerarquía del afecto. A partir de este hecho, del afecto destronado o pretendidamente destronado, hay que interpretar,

sin duda, los dichos despectivos, y un tanto picarescos, que corren acerca de la suegra. Sin negar, por supuesto, otros orígenes de conflicto.

Pero, todavía, hay más. Antes he hablado de una variedad de grupos primarios y de su función afectiva para la persona. Pues bien, es posible, y de hecho así sucede, y cada vez con mayor amplitud —efecto, en parte, de la industrialización— que el individuo pertenezca a varios de estos grupos. En tal situación, ordinaria, surgen fácilmente tensiones entre esas múltiples pertenencias afectivas. Y la familia puede salir malparada de ese enfrentamiento, como es el caso con el grupo de amigos en estratos numerosos de la sociedad mejicana<sup>8</sup>, ejemplo típico de esta clase de conflictos. Pero, desde luego, estos pueden multiplicarse en todas las sociedades.

Estas tensiones sin ser, por supuesto, exclusivas de la sociedad industrial, pues de hecho se las encuentra en toda clase de sociedades, sin embargo, se agudizan con la secularización y adquieren rasgos del todo peculiares.

Existe un fenómeno, posiblemente entre los más característicos, que acompaña siempre a la industrialización, como uno de sus presupuestos necesarios, y, al mismo tiempo, se une, formando consorcio, con la secularización. Me estoy refiriendo a la *movilidad social*. La corriente humana se desplaza, hoy día masivamente, de un lugar a otro (sobre todo del campo a la ciudad), de una nación a otra, de una ocupación a otra, con relativa facilidad. El individuo se obliga en un proceso de promoción económica, humana, social. Naturalmente, también en este proceso tiene sus límites: la herencia del pasado, las situaciones adquiridas, las capacidades personales restringidas. Con todo, el ritmo de cambio, marcado por el rápido desarrollo industrial, toma una velocidad acelerada.

Y esta movilidad social tiene también algo que decir en toda la problemática de la familia actual. Porque la movilidad social y la familia son dos realidades que se condicionan. Sus relaciones, no siempre claras, están llenas de consecuencias, positivas y negativas. La primera de todas, y, desde luego, la principal, es la *anomia socio-cultural*. El cambio rápido, brusco, de la movilidad crea una inadaptación de valores, de modelos, de normas internalizadas. Se viven nuevas situaciones, circunstancias diferentes, que reclaman nuevos comportamientos. En estas condiciones,

<sup>8</sup> A. de HOYOS y G. de HOYOS, "The amigo system and alienation of the wife in the conjugal mexican family", en B. FARBER, *Kinship*, 102-115; M. E. BERMÚDEZ, *La vida familiar del mexicano*, México 1955; O. LEWIS, *The children of Sánchez*, New York 1961.

el individuo, la familia, arrancados de su medio cultural en el que han sido socializados, pierden el marco normativo propio, con sus valores, sus normas, sus controles, y se encuentran desorientados. De aquí a la "desorganización" familiar, y su lógica consecuencia: desintegración y conflicto, hay sólo un paso.

Las tensiones y conflictos, internos y externos, que viven estas familias, son de un dramatismo intenso, desgarrador. Aquí, en esta anomia, está precisamente uno de los problemas más graves del momento familiar presente.

Y céntrico a este fenómeno de la movilidad, otro problema de graves repercusiones: las separaciones familiares. Los esposos separados, los padres separados de los hijos, el hijo fuera del cariño familiar, problemas todos de consecuencias insospechadas y de efectos disolventes para la familia.

Hasta aquí me he referido a las relaciones de parentesco, grupos primarios y movilidad y anomia social. Pero la secularización penetra también en el interior de la familia nuclear; en su estructura y en sus funciones.

La familia nuclear de hoy ha perdido parte de sus funciones. Ha perdido funciones económicas, funciones protectivas, funciones educacionales, funciones recreativas... funciones todas que transfiere, de voluntad, unas veces, y otras, por fuerza, a organismos o entidades exteriores, cada una especializada en determinada materia. Y, así, en la sociedad industrial actual existe una amplia variedad de organismos: organismos económicos, por ejemplo la empresa, que acaparan las funciones productivas y, poco a poco, van penetrando en el campo de la consumición; organismos de protección, por ejemplo las múltiples formas de seguridad social que, en los países desarrollados, defienden a los individuos en toda situación difícil o comprometida; organismos educativos, por ejemplo las escuelas, universidades, etc., que dan una ciencia selectiva o de masa que la familia no puede transmitir o de hecho no transmite; organismos recreativos que facilitan la diversión fuera de la familia.

Respecto a este último punto, algún autor ha querido ver en la televisión un medio de retorno a la recreación familiar; pero, creo que se trata, más bien, de la entrada de una recreación comercializada dentro de la familia, sin demasiados efectos integrativos, al menos por lo que se refiere al aspecto que estoy viendo.

En definitiva, la sociedad o alguna de las múltiples instituciones

existentes han ido tomando, una tras otra, diversas funciones que antes eran patrimonio, casi exclusivo o totalmente exclusivo, de la familia. Y yo pregunto, ¿con qué resultado? La respuesta es también difícil. Sin embargo, una cosa es cierta: que es compleja y multi-funcional. Y, desde luego, la cohesión o unidad familiar depende ahora, y cada vez más, del grado de afecto entre los miembros. Los motivos de orden económico, de seguridad... que jugaron un papel importante en la familia del pasado, no son ahora tan imperativos o no existen ya más.

Y la secularización sigue adelante y penetra también en el campo de las funciones que permanecen todavía patrimonio familiar. Aparecen nuevos *valores*. Y, con los nuevos valores, una afirmación del individuo frente al grupo. Bajo su impulso, las relaciones en el interior de la familia toman una forma más democrática, menos autoritaria, menos prescriptiva, se especializan y pierden rasgos normativos. Es un nuevo comportamiento, con predominio de lo electivo, que busca el ajustamiento a las normas más amplias de la sociedad industrial.

Específico. La secularización, en primer lugar, penetra, transformándola, en la *función reproductiva*. Es un hecho, abierto a todas las miradas, que la familia actual planifica los nacimientos. La cuestión del número de niños, cuestión compleja y de vital importancia para los esposos, a pesar de su carácter íntimo, personal, pasa a formar parte del campo de lo *racional*, cayendo bajo el imperio de la voluntad. Los esposos no aceptan ya, sin más, como lo hacían en tiempos pasados, las determinaciones ciegas de la naturaleza física, sino que, por el contrario, quieren someterla a la decisión de su voluntad. Y la razón de esta actitud hay que buscarla, ante todo, en el carácter tecnocrático de la civilización industrial. La técnica —verdadero principio directivo del esfuerzo humano— lo invade todo, lo transforma todo, lo regula todo, también la fecundidad. A su sombra, de un negro materialista, aparecen nuevos valores, lo *útil* y lo *agradable*, que determinan nuevas actitudes. El hombre actual es crudamente realista, quiere palpar una serie de beneficios y de comodidades, y se siente solidario de aquel sistema que en mayor grado se los proporciona. Y, en este caso, son sobre todo beneficios sociales y psicológicos, aunque no se deben olvidar los económicos, los que garantizan y condicionan la función reproductiva, integrándola al campo de las motivaciones socio-psicológicas.

Y, al hablar de motivaciones, pienso sobre todo en las características personales, en el status, en el clima de las relaciones maritales, en

las normas sociales... ; y pienso también, aunque pertenezcan a otra clase, en las ideas y valores morales. Sí, la función reproductiva ha de satisfacer, básicamente, estas dos clases de exigencias: exigencias socio-psicológicas y exigencias ideológico-morales, además de las físicas, y para satisfacerlas ha de lograr un dominio sobre la naturaleza. ¿Pero de qué modo?

De todos los medios posibles, sólo los métodos anticonceptivos parecen realmente importantes en la sociedad actual. La abstención, retrasar la edad al matrimonio, o cualquier otro método, tal vez importantes en tiempos pasados, tienen hoy poca importancia. Naturalmente, el uso de este o aquel método anticonceptivo se hará en función de diversos factores, entre los que cabe destacar el nivel de cultura, las posibilidades financieras y el grado de religiosidad. Y, eso sí, no todos ofrecen el mismo grado de certeza.

Por todo ello, se puede afirmar, sin temor a equivocarse, que el número de niños es, en gran parte, función de las motivaciones socio-psicológicas y de la habilidad en el manejo de los métodos anticonceptivos.

El balance de situación contiene algunos datos particularmente significativos. La planificación es cada vez más afinada ; la familia disminuye de día en día su dimensión, mirando el número de dos o, a lo sumo, tres niños, como ideal ; las prácticas anticonceptivas se extienden a todos los estratos sociales, avanzando a través de todas las barreras, aun las religioso-morales ; se crean nuevas técnicas y se comercializan los métodos existentes. En relación a estos últimos puntos, y por lo que se refiere al campo de la moral, los datos de las investigaciones son tristemente reveladores.

Incidentalmente, digamos que, mientras la tendencia general es a disminuir o, a lo sumo, a estabilizar, la tasa de natalidad, en Estados Unidos se ha notado<sup>9</sup>, últimamente, sobre todo en la clase alta y media, una tendencia al aumento de la tasa. Y, así, es la familia de tres o cuatro niños, no la de dos o tres que, como he dicho venía siendo el ideal, el modelo que se busca hoy día, aunque otros factores ajenos a la voluntad impidan su realización. Algunos autores, por supuesto norteamericanos<sup>10</sup>, deseosos de llegar a una formulación teórica, presentan varias

<sup>9</sup> R. FREEDMAN, P. K. WHELPTON, and A. A. CAMPBELL, *Family Planning, sterility and population growth*, New York 1959; L. RAINWATER, *Family design. Marital sexuality family size and contraception*, Chicago 1965.

<sup>10</sup> L. W. HOFFMAN y F. WYATT, "Social change and motivations for having larger families: some theoretical considerations", *Merrill-Palmer Quarterly* 6 (1960) 235-44.

hipótesis explicativas que apoyan en los cambios sociales, específicos de la sociedad americana. Tres áreas —según estos autores— han sufrido cambios: el área de las funciones femeninas, y, por implicación, también de las masculinas; el área de las funciones paternas; y un aumento de soledad y alienación. Todos estos cambios han forzado la nueva orientación. Cabe preguntarse, ¿sería una tendencia indicativa, propia de un estadio avanzado de la industrialización? ¿o se tratará sólo de un fenómeno local?

De lo dicho se puede concluir ya, con toda lógica, que la dimensión familiar es, de por sí, *multi-funcional*, es decir, con abundancia de valores positivos y negativos.

A este nivel de la función reproductiva, que venimos comentando, se sitúa también un posible campo de tensiones. Son tensiones entre imposiciones morales y normas sociales, entre motivaciones personales y modelos sociales; y tensiones, también, entre los esposos. Es un dato familiar bastante general que los esposos se obliguen, llegando incluso al enfrentamiento, en discusiones sobre el número de niños, métodos a usar, etc., adoptando posturas opuestas o, simplemente, diferentes. La explicación a esta doble actitud hay que buscarla, por supuesto, al nivel de las motivaciones, de los valores, del espíritu religioso que vive cada uno de ellos. Con alguna frecuencia la discusión degenera en conflicto y, más raras veces, en ruptura familiar.

La secularización penetra también en la *función afectiva*. Es bien sabido, antes lo he dicho y ahora lo repito de nuevo, que en la sociedad actual se impone la acción electiva, con predominio de lo racional. El individuo se libera de controles, apoyándose más en sus valores personales, y tratando de afirmar su existencia ante la sociedad que le rodea. No obstante, y aunque parezca contradictorio, la sociedad le arrastra a una integración progresivamente anónima, impersonal, ritualista (tendencia burocrática y profesional de la sociedad industrial). El ambiente social se vuelve tecnocrático, afectivamente neutro, sin hipotecas sentimentales.

En estas condiciones, de colorido industrial, sólo la familia, con sus relaciones íntimas, y con ese potencial psico-dinámico que es el amor, ofrece un refugio seguro a la dimensión afectiva. Da compañía en la soledad, ayuda en el abandono, seguridad en la intranquilidad, calor emotivo en todo; pero, además, libera al individuo de fuerzas negativas, de frustraciones, de tensiones, de toda la pátina de rencor y

de insatisfacción que, poco a poco, deposita en su ánimo el anonimato, la impersonalidad, la desconfianza, el egoísmo.

La familia es, por tanto, el lugar, el casi único lugar, cada vez lo será más, donde el individuo expande toda su fuerza afectiva, y su dimensión humana.

Con esto no niego, todo lo contrario afirmo, que el amor tiene un lugar central en la familia de todos los tiempos, y no sólo en la de nuestra época industrial. Pero, también, afirmo que la familia actual adquiere nuevas exigencias, se reviste de nuevas tonalidades afectivas, y, sobre todo, recibe una *sobrecarga emocional*. Rotas muchas de sus ataduras económico-sociales, y debilitados los controles sociales de la cultura tradicional, la familia de hoy, más que la de ayer, necesita del amor. Necesita de un clima amable, risueño, de unas relaciones intensamente afectivas, de la *empatía* y de la indulgencia de todos los miembros que la componen. Sí, hoy más que nunca, la familia se basa en el amor y depende del amor. Y, esto, aun en el supuesto de que en la formación de la familia intervengan otros factores o motivos extraños al amor.

Hasta aquí, y por lo que se refiere a la función afectiva de la familia, he tocado sólo los aspectos positivos de la secularización. Pero tiene una cruz la cara del bien. Hay también aspectos negativos. Y esos aspectos son la posibilidad de nuevos conflictos, además de los tradicionales, dentro de la familia.

Y aquí está de nuevo, sobre este ambiente industrial y urbano, individualista y absorbente, que vivimos, la elección y la libertad para recordarnos los peligros graves que acechan la vida familiar, abierta, como está, entre dos fuerzas disgregantes. Ruptura de ataduras económico-sociales y debilitamiento de controles sociales y morales la primera. Vida externa, de contactos sociales intensos e individualistas y de amplia libertad afectiva la última.

Por todo ello, me atrevo a pronosticar un progresivo aumento de divorcios y una multiplicación de evasiones familiares, en sus diferentes formas.

Entre los campos de conflicto ya tradicionales, aunque, por supuesto, ofrezca unos matices propios, diferentes, cito, a título de ejemplo, la tensión que toda mujer vive al llevar en sí a la esposa y a la madre, como dos amores que fácilmente entran en conflicto.

La secularización penetra, por último, en otros campos de la familia. Y, en primer lugar, en el status femenino, y, por implicación, aunque

negativa, en el masculino. La mujer de hoy es más libre, más igual al hombre, menos sometida a controles y trabas sociales, ha subido de gradación en la escala humana y social y es más considerada. En el trabajo, en la vida social y política ha ganado un lugar, sino igual, sí, al menos, muy cercano al del hombre. Y, si entramos en el ambiente de la casa, se nota la misma sensación de libertad, de igualdad, de vida más cómoda. La mujer de hoy trabaja más fuera de casa y menos en casa, se divierte más, se independiza más. Es la cara feliz de la secularización, debida al desarrollo técnico y promoción social.

Pero también a este nivel se sitúa un origen de tensiones. Son los dilemas que hoy encuentra toda mujer en el cruce de su vocación de esposa y madre, y los imperativos de una vida profesional y de trabajo fuera de casa.

Un segundo campo, más complejo que el anterior, está al nivel de la juventud: cambios en el status del hijo. El joven de hoy es más rebelde —la juventud siempre ha sido rebelde—, más independiente, menos conformista; se siente más alejado de los mayores que antes, y también más juez de ellos, de sus actos y de su modo de pensar. Y tras esta separación e independencia, rodeada algunas veces de guitarra, de pelo, de formas típicas de vestir, hay toda una actitud vital y una nueva cultura. Se rechaza el mundo heredado, la cultura de los mayores, que los jóvenes encuentran inadaptada y, aun, contradictoria.

Y todo este ambiente de rebeldía, de inconformismo, de frustraciones, se lleva al seno de la familia. Aquí se polarizan y se enfrentan dos culturas, diferentes y, a veces, contradictorias, que mantienen en tensión al medio familiar. ¡Y qué frecuente, por desgracia, es este enfrentamiento!

Nunca, como ahora, se ha hablado tanto, se ha discutido tanto, se ha escrito tanto sobre este problema. Y es que preocupa seriamente. La juventud de hoy, más que la de ayer, está afirmando su existencia ante la sociedad actual y lo hace en una forma agresiva. Las repercusiones

---

<sup>11</sup> Un hecho que, a simple vista, parece contradecir esta previsión, es la disminución del número de divorcios en Japón, siguiendo el ritmo de industrialización. Sin embargo, si profundizamos, encontramos ciertamente disminución de divorcios tradicionales (divorcios realizados más bien por la familia) que han sufrido el duro golpe de las formas liberalizadoras de la industrialización; pero no así en los divorcios de estilo occidental que van en manifiesto aumento. Por lo tanto estamos dentro de la tendencia general. Véase, por ejemplo T. KAWASHIMA y K. STEINER, "Modernization and divorce rate trends in Japan": *Economic Development and Cultural Change* 9 (1960) 213-39.

sobre todo el ambiente familiar son innovadoras y conflictivas. La autoridad paterna, bajo su forma autoritaria, válida en tiempos pasados, está ahora en entredicho. El hijo ha adquirido un nuevo status y con el nuevo status un cambio en las relaciones familiares. Pero, en realidad, ese cambio no resulta tan fácil como podría suponerse; y, además, tiene efectos también disolventes para los individuos. En definitiva, nos encontramos ante una nueva actitud del joven hijo.

Y yo pregunto, ¿a qué se debe esta nueva actitud? Estimo que hay que buscar su origen en la industrialización y sus presupuestos, que crean la nueva cultura, siguiendo las características de la naturaleza del joven (el joven por naturaleza es rebelde, lo ha sido siempre); pero también hay que buscarlo en las contradicciones de la sociedad actual y del ambiente familiar.

Con estos rasgos, casi esquemáticos, que he tocado, se comprenderá en seguida la complejidad grande del problema familiar. La familia vive un conflicto extenso, agudo, multi-funcional, conflicto que expresa la típica asincronía en que se realizan los cambios estructurales y que tiene su origen en la secularización. En estas condiciones, lo importante, lo urgente es la *institucionalización* del conflicto. Porque el conflicto no institucionalizado supone, por definición, la existencia de desintegración.

JESÚS V. SAN ROMÁN